

tienen estrecho parentesco con otro género literario que desde el siglo XIV al XV floreció en España con más fecundidad que en ninguna otra parte de Europa. Me refiero a aquel género de sabiduría práctica que se formulaba en colecciones de sentencias y aforismos, ya para educación de los príncipes, ya para utilidad y enseñanza del pueblo, viniendo a formar una especie de catecismos políticos y morales, dignos de atención, no sólo por la cándida pureza y gracia de su estilo, sino por la profundidad y acierto de algunas máximas, aunque se presenten desligadas, como es propio del saber popular y precientífico. La mayor parte de estos libros, que han sido admirablemente ilustrados por el docto filólogo Hermann Knust, proceden de fuente oriental, y los más importantes están traducidos de copilaciones árabes conocidas: El *libro de los buenos proverbios* está sacado, como demostró Steinschneider, de las *Sentencias morales de los filósofos*, escritas por Honein ben Ishak (809-875), y el mismo texto castellano lo declara al principio: «Este es el libro de los buenos proverbios que dixieron los philosophos e los sabios antiguos, e de los castigos que castigaron a los sus discipulos e a los otros que quisieron aprender. E trasladó este libro Yoancio, fijo de Isaac, de griego a arabigo, e trasladamosle nos agora de arabigo a latin». El *Bonium* o *Bocados de Oro*, que tantas veces reprodujo la imprenta en los siglos XV y XVI, son las *Sentencias* de Abul-Wefa-Mobeschir Aben-Fatik (siglo XII). Otros, como el *Libro de los doce Sabios* y las *Flores de Philosophía*, que generalmente se colocan en el reinado de San Fernando y el *libro de la Sabiesa*, compuesto en catalán por el glorioso rey D. Jaime el Conquistador, no tienen dependencia tan estricta de un texto determinado, pero la mayor parte de las máximas son del mismo origen y hasta suelen estar expresadas en los mismos términos, sin que por eso falten otras de sentido cristiano o derivadas de los moralistas clásicos. Pero el colorido, el sello asiático (árabe, sirio, persa, indio), es el que predomina en esta sabrosa y familiar doctrina, que por haber sido estudio predilecto de insignes monarcas de la Edad Media, y haber descendido del trono al pueblo para hacer patriarcalmente la educación política de las muchedumbres, ha sido calificada gráfica y expresivamente de filosofía regia.

Patentes son las relaciones de esta infantil literatura didáctica con las primeras producciones de la literatura novelesca, con la cual se enlazan por sus orígenes, por su tendencia, por muchos de sus elementos y hasta por la continua invasión de la una en la otra. No sin fundamento pudo juntarlas Amador de los Ríos bajo la denominación algo enfática, pero exacta en el fondo, de *género didáctico simbólico*. Cuál más, cuál menos, suelen estos libros contener apólogos, y algunos de ellos comienzan con una fábula general que presta cierta unidad a sus capítulos, repitiéndose mucho la del consejo de sabios o filósofos que se reparten la tarea de la doctrina. En algunos la parte de ficción es mayor. El *libro de los buenos proverbios*, que se abre con la relación del «avenimiento que avino a Anchos el propheta y el versificador» (que es el cuento de las grullas de Ibyco), describe largamente y con detalles pintorescos las juntas que hacían los filósofos gentiles, y se extiende en los dichos y hechos de Sócrates, Diógenes y otros tales, copiando varias anécdotas. Intercalada en este libro va una fabulosa y extensa biografía de Alejandro: «Estos son los ensennamientos de Alixandre, fijo de Philipo... al qual dizien el señor de los dos cabos (el *Dulcarnain* de los orientales)». La retórica de los árabes, heredera indirecta en este caso de la de los sofistas y gramáticos griegos, brilla y lozanea en las dos elocuentes cartas de Alejandro a su madre, en la descripción de las exequias del héroe, en las palabras que los sabios de Babilonia pronunciaron sobre su ataúd y en la carta consolatoria de Aristóteles, trozos en que la prosa castellana, rom-

piendo las ligaduras de la infancia, se muestra ya inspirada, solemne y grandiosa. Alejandro también, pero no ya sólo el coronado discípulo del Estagirita, el que por haber tenido tal preceptor era contado entre los filósofos y los sabios, sino el poderoso conquistador, el gran rey del mundo antiguo, ocupa con sus hechos fabulosamente amplificados el capítulo XIV (que es el más largo) del *Bonium* o *Bocados de Oro*. Este mismo libro empieza con un apólogo: «de como Bonium, rey de Persia, fue a las tierras de India por buscar el saber», que es imitación evidente del preliminar de *Calila y Dimna*, en que se narra el viaje a la India del médico persa Barzuyeh. Finalmente, tan juntos vivieron ambos géneros novelesco y didáctico, y tanto se nutrió cada uno de la savia del otro, que el autor de *El Caballero Cifar*, rara conjunción de elementos literarios, intercaló casi al pie de la letra en su libro todo el texto de las *Flores de Philosophía*.

De un modo harto rápido, porque no permiten otra cosa las condiciones del presente estudio ni nuestra precaria erudición de tan difíciles materias (que sólo los especialistas en lenguas orientales pueden tratar con verdadera competencia, aunque a todos nos interesen sus descubrimientos y conclusiones), hemos enumerado las principales direcciones que el género de la narración poética en prosa siguió entre árabes y hebreos, fijándonos especialmente en aquellas obras que, o por haber sido escritas en nuestra Península o por haberse incorporado en nuestra literatura nacional desde sus primeros pasos, tienen especial interés por el historiador de la novela española. La herencia es ciertamente cuantiosa, no tanto por lo que aportasen los árabes de su propio fondo, puesto que la parte de invención en sus libros va pareciendo cada día más exigua, sino por la misión histórica que tuvieron y cumplieron de poner en circulación una cultura anterior, debida en gran parte a pueblos del tronco aryo, cuya afinidad remota y misteriosa con los pueblos clásicos explica la facilidad con que arraigaron estas ficciones en Occidente, pues teniendo bastante de exóticas para sorprender y encantar la imaginación, encerraban al mismo tiempo una doctrina humana, y a veces profunda, envuelta en símbolos de fácil interpretación, aun para hombres de diversas religiones y separados entre sí por el abismo de muchos siglos. La misma transmutación que estos apólogos y cuentos habían ido experimentando al pasar del panteísmo indostánico al dualismo de los adoradores del fuego, y de éste al fiero y rígido monoteísmo del Islam, los había despojado de su contenido religioso, reduciéndolos a puras lecciones de moral. Por tal modo se habían tornado inofensivos; más de un apólogo budista pasó a enriquecer los libros de ejemplos de la predicación cristiana, y los mismos cuentos que habían servido para recrear a los califas de Bagdad, a los monarcas Sasanidas y a los contemplativos solitarios de las orillas del Ganges, distrajeron las melancolías de Alfonso el Sabio, acallaron por breve plazo los remordimientos de D. Sancho IV y se convirtieron en tela de oro bajo la hábil e ingeniosa mano de D. Juan Manuel, prudente entre los prudentes.

Pero antes de mostrar cómo se cumplieron estas evoluciones debemos acompañar hasta su tumba a la literatura hispano-oriental, que, olvidando su lengua, pero no sus tradiciones religiosas y poéticas, prolongó su vida oscura y degenerada hasta principios del siglo XVII, entre los restos de la morisma española, que con los nombres sucesivos de mudéjares y moriscos vivieron en los reinos cristianos de la Península a la sombra de pactos y capitulaciones mejor o peor cumplidas. Los mudéjares propiamente dichos, los moros de más antigua conquista, cuya condición social y jurídica fué siempre mucho más honrosa y tolerable que la de los moriscos, influyeron por muy notable modo en el arte y en las industrias artísticas de la España cristiana, y se asociaron desde muy temprano al cultivo de la lengua y poesía castellana, como lo prueba el célebre poema

aljamiado de Yusuf, que puede ser del siglo XIII y que seguramente no es posterior al XIV. La adopción del metro de los clérigos, la *cuaderna vía*, para escribir una leyenda coránica, indica pretensiones cultas en el autor, y todo lo que conocemos en verso castellano de otros moros de la Edad Media, como el anónimo autor de las alabanzas de Mahoma, y el maestro Mahomat el Xartose, físico de Guadalajara, uno de los poetas del *Cancionero de Baena*, comprueba el fenómeno de la aproximación de ambas razas en prácticas de estilo y versificación. El principal resultado del trato familiar con los cristianos fué el abandono creciente de la lengua propia, a lo menos en el uso vulgar, y la adopción del romance castellano, que los musulmanes decían *ajamí* o extranjero, de donde *aljamía* y *aljamiado*. Pero como los árabes, y en general los pueblos semíticos, miran con cierto género de supersticiosa devoción su alfabeto, prosiguieron escribiendo con letras arábigas, lo cual les daba la ventaja de ocultar a los profanos las materias escritas bajo aquellos caracteres. Así se formó la *literatura aljamiada*, que si entre los mudéjares de la Edad Media no fué muy rica, a juzgar por las pocas muestras que de ella se han publicado, fué en cambio abundantísima entre los moriscos del siglo XVI, y se enriquece cada día con el hallazgo de nuevos códices, que suelen encontrarse en aldeas y villorrios de Aragón y Valencia, al derribar paredes de casas viejas, en cuyos nichos o huecos los dejaron enterrados y ocultos sus poseedores antes de abandonar aquellos reinos en cumplimiento del edicto de expulsión de 1610. El descubrimiento (bien puede decirse así) de esta singular literatura no es el menor entre los innumerables servicios que a la erudición española prestó el inolvidable D. Pascual de Gayangos, a quien acompañaba en estas aficiones el ameno y castizo escritor D. Serafín Estébanez Calderón, conocido por el seudónimo de *El Solitario*. La historia crítica y el inventario completo de los códices aljamiados hoy existentes es tarea que realizó magistralmente D. Eduardo Saavedra, persona versada con eminencia en los estudios más diversos (1). Tanto Gayangos como Saavedra, Guillén Robles, Ribera y otros arabistas españoles, juntamente con los extranjeros lord Stanley y Marcos José Müller, han publicado gran número de textos aljamiados, en prosa y verso (2), y hoy puede decirse que la mayor parte de los artículos de esta bibliografía, antes tan misteriosa, son accesibles a todo el mundo en ediciones de fácil lectura. La poesía está representada por los largos y fáciles romances de Mahomad Racadán, que viene a constituir una especie de poema cíclico en alabanza del Profeta, y por los versos de polémica anticristiana del ciego Ibrahim de Bolfad y del aragonés Juan Alfonso. Abundan los libros de recetas y de conjuros, supersticiones e interpretación de sueños, como el de *las suertes de Dulcarnain*. Muchos códices se reducen a extractos del Alcorán, rezos musulmicos, ceremonias y ritos, compendios de la *Sunna*

(1) Véase su discurso de entrada en la Academia Española, 1878, reimpresso en el tomo 6.º de las *Memorias* de dicha Academia.

(2) Todavía en el siglo XVIII se desconocía hasta tal punto el carácter de estos libros aljamiados, que algunos los creyeron persas o turcos. Casiri los juzgó obra de renegados de Africa, pero Conde trasladó ya algunos manuscritos de los caracteres árabes a los comunes. Silvestre de Sacy habló de otros en las *Notices et extraits des mss. de la Bibliothèque Nationale de Paris*, tomo IV. Finalmente, Gayangos, primero en un artículo del *British and Foreign Review*, número 15, y luego con la publicación de algunos poemas de Mohamad Rabadán, en el tomo IV de la traducción española del *Ticknor*, y de parte de la *Historia de Alejandro* en los *Principios elementales de escritura arábica*, que anónimos estampó en 1861, puso en moda la literatura aljamiada, siguiéndole lord Stanley, que imprimió los *Discursos de la luz* en el *Journal of the Royal Asiatic Society*, 1868, y J. Müller, que en 1860 dió a conocer, en los *Sitzungsberichte der Akademie der Wissenschaften zu Munchen*, tres poemas anónimos y muy antiguos, sacados de un códice del Escorial.

para «los que no saben la algarabía en que fué revelada nuestra santa ley... ni alcanzan su excelencia apurada, como no se les declare en la lengua de estos perros cristianos, ¡confúndalos Alá!». La filosofía religiosa lanza sus postreras llamaradas en las obras del Mancebo de Arévalo, secuaz de las doctrinas místicas de Algazel y narrador de los infortunios de sus hermanos. Con los devocionarios y libros de preces alternan los pronósticos, *joforés* y *alguacías*, llenos de esperanzas de futura gloria, reservada para tiempos en que los moriscos no sólo se harán libres y dominarán a España, sino que irán a Roma y «derribarán la casa de Pedro y Pablo, y quebrarán los dioses y ídolos de oro y de plata y de fuste y de mármol, y el gran pagano de la cabeza raída será desposeído y disipado».

La amena literatura de los moriscos está representada por un número bastante crecido de tradiciones, leyendas, cuentos y fábulas maravillosas, traducciones casi todas de originales árabes conocidos. Ya decía el P. Bleda en su *Crónica de los moros* que los moriscos «eran muy amigos de burlerías, cuentos y novelas». Algo hay que rebajar, sin embargo, del fervor y entusiasmo de la primera hora, con que D. Serafín Calderón anunciaba en 1848, desde su cátedra de árabe del Ateneo, la importancia de este ramo de la novelística. «El que quiera entrar por regiones desconocidas sin dejar de ser españolas, hallando fuentes inagotables de ideas nuevas, de pensamientos peregrinos y de maravillas y portentos semejantes a *Las Mil y una noches*, no tiene más trabajo que el abrir, por medio de las nociones del árabe, las ricas puertas de la literatura aljamiada. Ella es, por decirlo así, las Indias de la literatura española, que están casi por descubrir y que ofrecen grandes riquezas a los Colones primeros que las visiten (1).

El éxito no ha correspondido del todo a tan risueñas esperanzas. En los tres tomos de *Leyendas Moriscas* (2) recogidas y doctamente ilustradas por D. Francisco Guillén Robles, hay muchas que por referirse únicamente a las creencias musulmicas, tienen más interés en la historia religiosa que en la literatura general, y hablando con toda propiedad no puede decirse que fueran novelas a los ojos de quien las escribía, o por mejor decir, las traducía literalmente del árabe, considerándolas como escritos edificantes. Así, las que se refieren a la infancia de Jesús, conforme a la tradición de los evangelios apócrifos seguida por Mahoma; el *Recontamiento de Isa y la calavera*, que contiene una descripción del infierno; las relativas a Job, Moisés y otros personajes del Antiguo Testamento; el gran ciclo de las tradiciones relativas al falso profeta Mahoma, con la leyenda de su ascensión a los cielos, y las primeras batallas de los apóstoles del Islam, especialmente del califa Omar. Pero no hay inconveniente alguno en clasificar dentro del género de imaginación las caballerescas leyendas que cuentan las proezas de Alí ben Abí Talib, tales como el *Alhadits del alcázar de oro* y la *estoria de la culebra* y el *Alhadits de Alí con las cuarenta doncellas*.

Singular entre todas las historias moriscas, por ser un tema de *folk-lore* universal, que tiene innumerables formas en todas las literaturas de Europa, y acaso explica los orígenes de nuestro romance de *Silvana* o *Delgadina*, uno de los más populares y vulgarizados en toda la Península a pesar de lo ingrato y repugnante de su argumento, es el *Recontamiento de la donzella Carayona, hija del rey Nachrab con la paloma*. Un rey gentil de la India, llamado Aljafre, que adoraba una *ídola de oro*, se enamora brutalmente de su hija como el Antíoco del libro de Apolonio. La doncella Arcayona se

(1) En el *Semanario Pintoresco Español* de 1848.

(2) *Leyendas Moriscas sacadas de varios manuscritos por F. Guillén Robles* (tres tomos de la *Colección de Escritores Castellanos*). Madrid, 1885-1886.

resiste a sus incestuosos deseos, y el rey manda cortarla las manos, como en la leyenda de la hija del rey de Hungría y en muchas similares, y abandonarla en un monte frágoso, donde se le aparece una hermosa y blanca cierva que la guía a su cueva y la regala y conforta, al modo que en la leyenda de Santa Genoveva de Brabante. El príncipe de Antioquía, andando un día de caza, persigue a la cierva, que se refugia en la cueva y se arroja a los pies de la doncella. Enamórase de ella el príncipe y se casa con ella. La aborrece su madrastra, como en el romance de *Doña Arbola*, y aprovechando una ausencia del príncipe, la hace exponer en un monte juntamente con su hijo recién nacido. La desvalida princesa hace un acto de fe musulmana pronunciando las sacramentales palabras *ley laha y la alla*, y al despertar del dulce sueño que Allah infunde en ella se encuentra otra vez con las lindas manos que la habían cortado y es recogida amorosamente por el príncipe su esposo, que la conduce en triunfo a la ciudad. Seguramente esta conseja no es árabe en cuanto a sus elementos novelescos, y ya lo indica el poner la escena en la India, y la mención que luego se hace de Antioquía y de las orillas del río de Alfrat o Eufrates; pero está fuertemente islamizada mediante la intervención de la maravillosa paloma que instruye a la doncella en el aislamiento, y la revela las delicias del paraíso y los tormentos del infierno.

Muy curioso es también el *Alhadiz de Musa* (Moisés) con *Jacob el carnicero*, que tiene por objeto inculcar la piedad filial con un ejemplo muy semejante al que sirve de eje a nuestro admirable drama teológico *El condenado por desconfiado*. La profunda y sagaz erudición de D. Ramón Menéndez Pidal ha perseguido hasta las últimas raíces de esta leyenda, y hoy sabemos a ciencia cierta que tanto este cuento árabe como otro hebreo muy análogo y las versiones cristianas que son en gran número tienen su primer tipo en un episodio del inmenso poema *Mahabharata* y en uno de los relatos de la colección también india que se designa con el nombre de *Çukasaptati* o *cuentos del Papagayo* (1).

El *Recontamiento muy bueno de lo que aconteció a una partida de sabios zelihes* (santones), tiene también un fin religioso y aun ascético. Trátase de la caída de un anacoreta musulmán, que enamorado locamente de una mujer cristiana llega a abjurar de su fe y se degrada hasta guardar una pira de animales inmundos; pero haciendo luego áspera penitencia con terribles ayunos y maceraciones, logra no sólo el perdón de Allah, sino la conversión al mahometismo de la mujer adorada. Parece que hay varias versiones de esta anécdota, popular todavía entre los musulmanes de Africa.

Entre los personajes de la Biblia ninguno tiene entre los árabes una historia fabulosa tan desarrollada y peregrina como el sabio rey Salomón, a quien los orientales atribuyen mil conocimientos peregrinos, además de los que la Escritura le concede, suponiendo, entre otras cosas, que tenía a sus órdenes los vientos y podía ser trasladado por ellos en breve espacio de un lugar a otro; que entendía el canto de las aves, el susurro de los insectos y el rugir de las fieras; que veía a enormes distancias; que le obedecían sumisos los leones y las águilas; que poseía incalculables tesoros y un sello mediante el cual conocía lo pasado y lo porvenir, y dictaba sus órdenes a los genios, para que le construyesen templos y alcázares, etc. Verdad es de que poco le sirvió tanta prosperidad y tanta ciencia, porque habiéndose dejado arrastrar del orgullo, le reprobó Allah, y tuvo Salomón que peregrinar cuarenta días, demandando su sustento de puerta en

(1) Discursos leídos ante la Real Academia Española, en la recepción pública de D. Ramón Menéndez Pidal, el 19 de octubre de 1902.

puerta, mientras que los genios, libres ya de la servidumbre en que los tenía, se apoderaron de su sello y penetrando en su palacio forzaron a todas sus esclavas. Esta y otras cosas estupendas se refieren en varios libros árabes y aljamiados, de los cuales es muestra el *Recontamiento de Sulaimen nabi Allah* (profeta de Dios), cuando lo reprobó Allah en quitarle la onrra y andó cuarenta días como pobre demandando limosna en servicio de Allah. Pero falta en lo que conocemos hasta ahora de la literatura de los moriscos la más interesante y poética de las leyendas relativas a Salomón, la de sus amores con la reina de Saba, Balquis, *la de pie de cabra*, aunque este cuento oriental (que todavía en nuestros días ha contado deliciosamente Anatolio France) arraigó muy temprano en España, y ya en el siglo XIV se encuentra en el *Nobiliario* del Conde Don Pedro de Barcellos, aplicado a Don Diego López de Haro, para explicar la genealogía de los señores de Vizcaya.

Posee la literatura aljamiada dos extensas narraciones en prosa, que con buen acuerdo ha separado el Sr. Guillén Robles de las restantes (1). Una es la de *José y Zelija*, asunto también del más antiguo poema mudéjar conocido. Ni este poema ni la leyenda en prosa tienen por única fuente la Sura XII del Korán, sino que están enriquecidas con todos los peregrinos pormenores que en tiempo del califato de Omar inventó o puso en circulación un judío del Yemen, converso al islamismo, cuya autoridad invoca continuamente nuestra leyenda en prosa llamándole *Caab el historiador*, y a quien cita también y toma por guía el gran poeta persa Firdusi en su poema de *Yúsuf y Zuleija*. Ni estos textos ni el que la *Grande et general Estoria* copió del libro genealógico del Rey de Niebla, están conformes en todos los detalles, pero en ninguno faltan las principales adiciones de Caab: el episodio del lobo que habla a Jacob para excusarse de la muerte de José que le achacan sus hermanos, el llanto de José en el sepulcro de su madre, la carta de venta de José, el palacio que Zalija adornó de pinturas licenciosas para triunfar de la castidad del mancebo, la medida mágica que servía a éste para descubrir las verdades y las mentiras; atavíos todos de una fantasía opulenta, aunque desquiciada por el mal gusto (2).

No menos interés ofrece la lectura del *Recontamiento del Rey Alixandre*, llamado por los árabes *Dulkarnain*. La historia fabulosa del conquistador macedonio, elaborada ya en la antigüedad por el Pseudo Calistenes, Julio Valerio, Quinto Curcio y otros retóricos y sofistas, se prolongó triunfalmente en la Edad Media occidental siguiendo las etapas que marcan entre otras muchas obras la *Alexandreis*, de Gualtero de Chatillon; el *Román d' Alexandre*, de Lambert Li Tors, y nuestro poema de *mester de clerecía*, cuyo autor, tenido antes por leonés, resulta ahora ser Gonzalo de Berceo, si hemos de dar fe al testimonio de un códice recientemente hallado. Un desarrollo análogo, pero mucho más prolífico y monstruoso, habían recibido en Oriente estas ficciones griegas, que ya en el siglo V estaban traducidas al armenio y que la poesía persa del siglo X inmortalizó en el *Xah-Nameh* de Firdusi, trasunto de otra crónica en prosa intitulada *Bastán Nameh* o *Syur al muluc*. La literatura persa influyó, como de costumbre, en la árabe, y el *Iskender-Dulkarnain* (Alejandro el de los dos cuernos), apareció totalmente islamizado y convertido en brazo de Dios y propagandista del dogma de su unidad. El Alejandro de la

(1) *Leyendas de José y de Alejandro Magno*, sacadas de dos manuscritos moriscos de la Biblioteca Nacional de Madrid, por F. Guillén Robles, Zaragoza, 1888. (En la *Biblioteca de Escritores Aragoneses*).

(2) Vid. *Poema de Yúsuf; Materiales para su estudio*, por R. Menéndez Pidal. (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1902).

leyenda aljamiada no se contenta con menos que con «ligar sus caballos al signo del Buey y arrimar sus armas a las Cabriellas»; y el fin de sus conquistas no es otro que dilatar la religión de Allah, y quebrar los ídolos y confundir a sus adoradores. Cuantos prodigios de pueblos fabulosos, con un solo ojo, con cabeza de perro, con orejas que les dan sombra; cuantas aves y animales prodigiosos; cuantas virtudes escondidas en los metales y en las piedras pueden hallarse en las leyendas griegas y persas de Alejandro, otras tantas se ven reunidas en esta prodigiosa historia.

Particular elogio ha merecido de la crítica el fantástico *Recontamiento de Temim Addar* (uno de los compañeros de Mahoma), en que la intervención de genios, buenos y malos, los viajes maravillosos por tierra y mar a regiones incógnitas, y por decirlo así, suspendidas en el límite entre el mundo de la realidad y el de los sueños, y las visiones místicas del protagonista, forman un conjunto más extraño que bello, pero de rica invención al cabo.

Es tan raro encontrar en la literatura de los moriscos (gente piadosísima a su manera) ningún cuento enteramente profano, que sólo por esta circunstancia merecería ya atención el *Alhadiz del baño de Zarieb*, novelita cordobesa del género de *Las Mil y una noches*, recomendable además por lo sencillo y gracioso de la fábula, reducida al inocente ardid con que una doncella logra salvarse de las manos de un libertino y tahir, en cuya casa había entrado por equivocación buscando el baño de Zarieb. Pero el verdadero interés de esta novela consiste en su carácter semihistórico y en los curiosos pormenores que da acerca de la vida doméstica de los árabes andaluces en los años de mayor esplendor y prosperidad del califato, puesto que la acción se coloca en tiempo de Almanzor *el Victorioso*. El Zarieb mismo que da el nombre al baño es aquel famoso músico de Bagdad, *arbitet elegantiarum* en la corte de Abderramán II e inventor de la quinta cuerda del laúd. La descripción de baño merece citarse, no sólo por la curiosidad arqueológica, sino como muestra del raro lenguaje en que están compuestos estos libros.

«Yo querría facer un baño con cuatro casas, y que haya debaxo de la tierra cañones de cobres y de plomo frío, que entre el agua fría a la casa caliente y que salga el agua caliente a la casa fría. Y en somo de cada cañón figuras con ochos (ojos) de vidrio bermecho, y otras figuras de alaton de aves, que lançen el agua fría por sus picos, y otras figuras de vidrio, que lançen el agua caliente por sus picos. Y en las partes clavos de plata blanca. Y sea todo el baño con tiles (*sic*) de oro y de plata con escripturas fermosas. Y que sean las piedras mármoles, puestas macho con hembra y que haya en medio del baño un *assehrech* (bolsa o estanque) con figuras de pagos (¿pavos?) y de gacelas, y leones de cobre y de mármol colorado, que lançen el agua caliente dentro en la *assehrech*, y otros que lançen el agua fría, y que puedan sacar agua sutilmente de la *assehrech*, y que sean los lugares de *l' alguado* (ablución) de vidrio colorado, y las cosas de *l' alguado* pintadas y debuxadas con ladrillos y con oro y plata y *azarcón* (minio) y clavos de *archén* (plata), de manera que se trobe en el baño de todas figuras de animales del mundo, y que haya en el baño mançanas roldadas de oro y de perlas preciosas y xafires y esmeraldas. Y que haya allí un crucero de bóveda con estrellas archentadas y el campo de azul cárdeno. Y que haya una gran sala y muy alta con *finestraches* de cuatro partés y con grandes *perchadas*» (1).

(1) *El Baño de Zarieb* fué publicado en parte por D. Eduardo Saavedra en *El Mundo Ilustrado* de Barcelona (tomo IV, pág. 490, primera serie), valiéndose de un códice incompleto de la colección Gayangos. El texto integro fué hallado después en un códice descubierto en Aragón y forma parte de la *Colección de textos aljamiados*, dada a luz por D. Julián Ribera y D. Pa-

De *Las Mil y una noches* sólo un cuento figura hasta ahora en las colecciones moriscas, y este seguramente no procede de aquella colección, sino de fuentes mucho más antiguas, puesto que conserva más puro el rastro de las tradiciones fabulosas relativas a la pérdida de España. Refiérome a la *Estoria de la ciudad de Alatón y de los alcancames*, o vasijas, en que *Sulaymén* (Salomón) tenía encerrados los diablos (1). Las maravillas de esta encantada ciudad, de latón o azófar, a cuyos habitantes encontró Muza como aletargados o sorprendidos por repentina muerte, colócalas todavía el narrador aljamiado en España, al paso que el compilador de *Las Mil y una noches* las lleva al centro de Africa.

Finalmente, como solitaria muestra de que no fueron enteramente desconocidas a los míseros descendientes de la grey musulmana las obras de ficción y pasatiempo compuestas por los cristianos, debe citarse el extenso fragmento de la novela caballeresca, de origen provenzal, *Paris y Viana*, traducida, al parecer del catalán, por un morisco aragonés (2).

La prosa de los moriscos vale siempre más que sus versos, y suele tener un dejo muy sabroso de antigüedad y nativa rustiqueza, libre de afectaciones latinas e italianas aunque enturbiada por gran número de arabismos inadmisibles. Gente, al fin, de pocas letras, no curtida en aulas ni en palacios, que decia sencilla y llanamente lo que pensaba, claro es que había de mostrar, a falta de otros méritos, el de la ingenuidad y sencillez. Voces hay, en estos libros aljamiados, de buen sabor y buena alcurnia, felices, pintorescas y expresivas, que ya en aquel entonces rechazaban como plebeyas los doctos; pero que el pueblo usaba y aun usa, y que los moriscos, gente toda plebeya y humilde, no tenían reparo en escribir.

Sirven además estos libros para fijar la mutua transcripción de los caracteres árabes y los comunes, tal como en España se hacía, y por lo tanto, para resolver muchas cuestiones de pronunciación hasta ahora embrolladas. Y son, finalmente, rico tesoro del dialecto aragonés, en que casi todos fueron compuestos, percibiéndose en algunos, como *el Baño de Zarieb*, gran número de voces y modismos valencianos.

III

INFLUENCIA DE LAS FORMAS DE LA NOVELÍSTICA ORIENTAL EN LA LITERATURA DE NUESTRA PENÍNSULA DURANTE LA EDAD MEDIA.—RAIMUNDO LULIO.—D. JUAN MANUEL.—FRAY ANSELMO DE TURMEDA.—EL ARCIPRESTE DE TALAVERA.

A las traducciones de libros orientales de apólogos, cuentos y sentencias siguió muy pronto la aparición de obras originales vaciadas en el mismo molde, siendo quizá la primera el *Libro de los Castigos e documentos* que D. Sancho el Bravo compuso para

blo Gil (Zaragoza, 1881, en edición litografiada). Transcrito en caracteres vulgares y doctamente anotado por el Canónigo de Valencia D. Roque Chabas, se publicó después en *El Archivo, revista de Ciencias Históricas*, tomo 3.º (Denia, 1888 y 1889), págs. 156-165, 169-174.

(1) *La historia de la ciudad de Alatón* ha sido publicada por D. Eduardo Saavedra en el tomo V de la *Revista Hispano-Americana* (Madrid, 1882), págs. 321-343.

(2) Publicada por D. Eduardo Saavedra en la *Revista Histórica* de Barcelona, febrero 1876.